

EPITAFIO

JORGE DÍAZ

PERSONAJES

UNO
EL OTRO

(Panorámica o cámara negra.

*Se insinúa la balaustrada de un puente.
Dos hombres están en el puente observándose
de reojo).*

UNO. Buenas tardes.

EL OTRO. Buenas.

UNO. Perdone, y no lo tome a mal, pero querría saber si piensa quedarse mucho rato aquí en el puente.

EL OTRO. No, unos minutos. Tal vez ni siquiera eso.

UNO. Ah, entonces voy a esperar.

EL OTRO. ¿Esperar qué?

UNO. Que usted se marche.

EL OTRO. ¿Para qué?

UNO. Para hacer lo que tengo que hacer.

EL OTRO. *(Molesto)*. Esas cosas no se hacen en la calle. Vaya a un bar.

UNO. No es lo que usted piensa. En un bar me daría pudor.

EL OTRO. *(Inquieto)*. ¿No será usted un exhibicionista?

UNO. No, por Dios, si lo que tengo que hacer es una bobada sin importancia.

EL OTRO. ¿Qué es lo que va a hacer?

UNO. Matarme.

EL OTRO. ¡Es increíble!

UNO. No intente disuadirme. Será inútil.

EL OTRO. Pierda cuidado. El caso es que yo vine aquí por el mismo motivo.

UNO. (*Asombrado*). ¿Va a suicidarse?

EL OTRO. Si la suerte me acompaña.

UNO. Que sea por muchos años.

EL OTRO. Y que usted lo vea.

UNO. ¿Qué sistema eligió usted?

EL OTRO. Bueno, está claro, ¿no?: ahogarme en el río.

UNO. Lo suponía, pero me refiero al problema fundamental: hundirse. Ha de saber usted que soy un suicida reincidente.

EL OTRO. ¡Le felicito!

UNO. La vez anterior la gente aplaudía y me pedía que me volviera a tirar al río.

EL OTRO. Ya pensé en eso. No crea que soy un suicida irresponsable, de esos que se tiran por una ventana y caen sobre una viejecita vendedora de tabaco. ¿Ve mis zapatos?... Tienen las suelas de plomo. Pero hay algo

más. Toque aquí. (*Señala su cuello*). ¿Nota una rigidez?

UNO. ¿Artrosis cervical?

EL OTRO. No, una cadena de hierro que me da vueltas al cuello.

UNO. Todo eso le habrá costado un ojo de la cara.

EL OTRO. Bueno, yo he ahorrado toda mi vida para poder ir a mi propio entierro con la cabeza muy alta.

UNO. Yo busqué una solución más económica: llevo los bolsillos llenos de piedras.

EL OTRO. Yo también llevo los bolsillos llenos, pero de monedas de diez duros. Es todo el capital que tengo: me ayudará a hundirme.

(Un silencio dubitativo de parte de ambos).

UNO. Bueno, pues cuando usted quiera.

EL OTRO. ¡No faltaba más! ¡Usted primero! Si quiere que le ayude en algo.

UNO. ¿Ayudarme?

EL OTRO. Empujándolo, por ejemplo.

UNO. Gracias, muy amable, pero usted llegó antes. Siempre he sido muy respetuoso con el orden de llegada, y usted me dio la vez.

EL OTRO. No faltaba más. Un caballero es un caballero, hasta en el último segundo de su vida. ¡Usted primero, y no se hable más del asunto! ¿Puedo satisfacerle su último deseo?

UNO. Ya puestos, mi último deseo sería un mentolado largo con filtro.

EL OTRO. Sólo tengo negro y sin emboquillar.

UNO. No, gracias. Jamás me fumaría un cigarrillo sin filtro. Arruina los pulmones. Quiero morir de una forma natural y ecológica.

EL OTRO. Usted es muy dueño. (*Un silencio perplejo*) Bueno, se nos ha hecho tarde.

UNO. ¿Tarde para qué?

EL OTRO. Pues para tirarnos de una vez del puente.

UNO. ¿Acaso tiene usted alguna otra cosa que hacer después de suicidarse? Tanta prisa es lo que provoca el infarto.

EL OTRO. Pero tampoco es plan andar toda la tarde con los zapatos de plomo. Me aprietan. Me suicidaría sólo para librarme de estos zapatos.

UNO. ¿Ha pensado en su epitafio?

EL OTRO. A mí no se me da muy bien la literatura sepulcral.

UNO. Para mí yo he pensado el siguiente: «Perdone que no me levante a saludarle».

EL OTRO. Muy apropiado. Una vez, vi en un cementerio de Castilla el siguiente epitafio que me impresionó mucho. Decía: «Me daba en el corazón que me iba a pasar una cosa así».

UNO. Le propongo una cosa: vamos a tomarnos unas copas y elegimos su epitafio. No se va a tirar al río sin dejar resuelto ese detalle.

EL OTRO. No es mala idea.

UNO. Conozco un chiringuito al otro lado del río donde preparan un pulpo a la gallega que está para morirse.

EL OTRO. Estupendo. Lo ahogaremos con un vitito de Ribeiro.

UNO. Y, de paso, inventaremos un epitafio digno de usted.

EL OTRO. Gracias, es usted muy amable. Creo que me voy a quitar los zapatos: pesan como el demonio. No le importará que vaya descalzo, ¿verdad?

UNO. Por mí, como si quiere ir desnudo.

(El otro se quita los zapatos).

EL OTRO. (*Suspirando*). ¡Uy, qué alivio! Me estaban matando.

UNO. Vamos. (*Inician el mutis*). Para epitafios curiosos, el de mi padre. Puso en su tumba: «El género dentro por el calor»...

(*Salen charlando. Oscuro rápido*).